

CONSERVADURISMO: SOCIEDAD Y POLÍTICA

Carlos Vicente Soto Dávila y Edgardo Darío López Villagra

Conservadurismo

Podemos afirmar, siguiendo a Robert Nisbet, que el conservadurismo ha sido una de las tres ideologías políticas más trascendentes de fines del siglo XVIII.¹ Lo acompañaron tanto el socialismo como el liberalismo, como los otros dos componentes ideológicos que han dado vida, en los últimos siglos de historia política occidental, a los más encendidos debates y confrontaciones.² El conservador norteamericano Russell Kirk, rechazó la opinión de Nisbet, manifestando que el conservadurismo no era una ideología. Sostuvo asimismo que en lo que en Europa se denominó liberal, del otro lado del océano, más precisamente en los Estados Unidos, tal estilo de pensamiento se denominó conservador.³

El término *conservador* fue introducido en el vocabulario sociológico y político en el año 1819 mediante la obra de François-René, vizconde de Chateaubriand. Este último vocablo hacía referencia a quienes se oponían a las ideas y creencias antecedentes y resultantes de la Revolución Francesa.⁴ También se identificó con esta locución a aquellos que resistieron a las ideas y principios del iluminismo, y en este sentido abogaron por la restauración del *Ancien Régime*.⁵ El noble caballero, Chateaubriand, nació en la plácida Bretaña francesa en el año 1768, muriendo en la ciudad de París en el año 1848 en plena Revolución. Entre sus obras más importantes se encuentran *Essai*

¹ NISBET, Robert (1995) *Conservadurismo*. Madrid: Alianza, pág. 7.

² MONTENEGRO, Walter (1996) *Introducción a las doctrinas políticas económicas*. México: Fondo de Cultura Económica, págs. 30-60.

³ RUSSELL, Kirk (2009) *Qué significa ser conservador (en 15 lecciones)*, Madrid: Ciudadela Libros, pág. 17.

⁴ DI TELLA, Torcuato S.; CHUMBITA, Hugo y CAMBA, Susana (2001) *Diccionario de Ciencias Sociales y Políticas*. Buenos Aires: Emecé, pág. 120.

⁵ GARCÍA, Encarnación y SERNA, Justo (1994) *La crisis del antiguo régimen y los absolutismos*. Madrid: Síntesis, págs. 89-97.

historique sur les Révolutions publicado en el año 1797, y su *Le Génie du Christianisme*, entre otros.

El conservadurismo inglés tuvo su origen en un teólogo de la iglesia anglicana: Richard Hooker quien junto a Thomas Cranmer y Mathew Parker fueron fundadores de la iglesia de Inglaterra.⁶ Se destacó notablemente Hooker, mediante su obra *Of the Laws of Ecclesiastical Polity*, donde sintetizó gran parte de su pensamiento.

Sin embargo, quien más trascendencia tuvo para el pensamiento conservador del siglo XIX fue indudablemente Edmund Burke.⁷ Este último nació en la ciudad Dublín en el año 1729 y murió en la aldea de Beaconsfield en el año 1797. Precisamente, en el año 1756 escribió su primera obra *A Philosophical Enquiry into the Origin of our Ideas of the Sublime and Beautiful*. Inmediatamente después, en el año 1757, publicó *Abridgement of the History of England*. Sin embargo, su gran obra fue *Reflection son the Revolution in France* escrita tan solo un año después de la Revolución Francesa, en el año 1790.

Con respecto a esta última obra, amén de las versiones en inglés, se han contado con diversas traducciones que se han empleado ciertamente para elaborar el presente trabajo. Nos referimos fundamentalmente a tres traducciones al idioma español del texto en cuestión a cargo de Esteban Pujals, Enrique Tierno Galván y Carlos Mellizo. Los tres traductores también elaboraron los respectivos prólogos en donde describieron solventemente el pensamiento de Edmund Burke, desde distintas perspectivas, enriqueciendo tanto la interpretación de la obra con las distintas visiones de los autores, como así también las particulares notas al pie de páginas que estos últimos introdujeron en el texto.⁸

De esta forma se han confrontado las distintas miradas que han tenido los traductores de lengua hispana de la obra más trascendente de Burke. Además,

⁶ KOFLER, Leor (1884) *Contribución a la historia de la sociedad burguesa*. Buenos Aires: Amorrortu, págs. 330-404.

⁷ DI TELLA, Torcuato S. (1985) *Sociología de los procesos políticos*, Buenos Aires: Centro Editor Latinoamericano, págs. 169-189.

⁸ PUJALS, Esteban (1989) "El pensamiento político de Edmund Burke". En: BURKE, Edmund (1989) *Reflexiones sobre la Revolución francesa*. Madrid: RIALP, págs. 9-34. TIERNO GALVÁN, Enrique (1978) "Prólogo". En: BURKE, Edmund (1978) *Reflexiones sobre la revolución francesa*. Madrid: Centro de Estudios Constitucionales, págs. 7-21. MELLIZO, Carlos (2010) "Prólogo". En: BURKE, Edmund (2010) *Reflexiones sobre la Revolución francesa*. Madrid: Alianza, págs. 7-22.

todos ellos elaboraron el perfil de uno de los pensadores más importantes del siglo XVIII, que nos permiten hoy en día acercarnos con más comodidad a uno de los críticos más inteligentes y profundos, que tuvo concluyentemente una visión particular sobre los sucesos que marcaron la Revolución Francesa, siendo el mismo contemporáneo a esos sucesos. Tempranamente Burke con una claridad y perspicacia que sorprende, describió con mucha lucidez un fenómeno que le era cercano, y logró con su obra *Reflexiones sobre la Revolución Francesa*, consagrar no solo un clásico en el firmamento de la literatura sociopolítica contemporánea, sino fundamentar y sostener una de las tres corrientes ideológicas más importantes desde la Revolución Francesa y que hasta hoy en día gozan de un extraordinario predicamento. No caben dudas que los principios defendidos por quienes sostuvieron el conservadurismo, ineludiblemente debieron partir de los postulados de Burke, como así también sus mismos detractores, ya que la obra del genial irlandés mantuvo una vigencia propia de las grandes producciones intelectuales enmarcada, dentro de distintas disciplinas científicas como la historia, la sociología o la misma teoría política.⁹

Otros autores franceses también se han destacado, como bien lo puntualiza Robert Nisbet, tal es el caso de Louis Gabriel Bonald, Paul Bourget, Ferdinand Brunetière, Augusto Comte, Bertrand de Jouvenel, Pierre G. Frederic Le Play, Joseph Marie, conde de Maistre, Claude Henry Saint-Simon, Alexis de Tocqueville, entre otros.¹⁰ Entre los ingleses encontramos a Samuel Taylor Coleridge, Christopher Dawson, Benjamin Disraeli, William R. Inge, Henry Maine, John Henry Newman, Michael Oakeshott, Robert Southey. Entre los norteamericanos se destacan: John Adams, Brooks Adams, Henry Adams, Irving Babbit, William F. Jr. Buckley, John C. Calhoun, T.S. Eliot, Russell Kirk, Henry L. Mencken, John Randolph, George Santayana, Peter Viereck y Richar Waver. También existen numerosos pensadores de origen germano como: Otto von Bismark, Otto von Gierke, Karl Ludwig von Haller, Friedrich von Hayek (anglo-germano). También se han destacado Jaime Luciano Balmes y más recientemente Manuel Fraga Iribarne (ambos españoles), Jacob Christian Burckhardt

⁹ MACIVER, R.M. (1946) *Comunidad. Estudio sociológico. Intento de establecer la naturaleza y leyes fundamentales de la vida social*, Buenos Aires: Losada, págs. 87-111.

¹⁰ NISBET, Robert, *El conservadurismo...*, ob. cit., pág. 156. LAGOS Nilsson Jorge (1988) *Breve historia del pensamiento social*. Buenos Aires: Claridad, págs. 57-61. COMTE, Augusto. *Principios de la filosofía positiva*. Madrid: La España Moderna, págs. 57-99.

(suizo), Karl Mannheim (austro-húngaro), Moisey Y. Ostrogorski (ruso) y finalmente Joseph Schumpeter (austro-norteamericano).¹¹

El conservadurismo moderno ha sido, sin lugar a dudas, en términos sociológicos, consecuencia y resultado de la Revolución Industrial y de la Revolución Francesa. Lo que ambas revoluciones embistieron fue defendido y sostenido por hombres como Burke, Bonald, Haller y Coleridge. Así mismo, lo que ambas revoluciones engendraron, en sus aspectos políticos y sociales, tales como la democracia popular, la tecnología y el secularismo principalmente, fueron los aspectos más sobresalientes que constituyeron el núcleo central de los reproches que el conservadurismo con tanta determinación y vehemencia llevó adelante.¹² Si el principio fundamental del pensamiento liberal fue la emancipación individual como uno de sus puntos más importantes, por otro lado, el socialismo centró su interés específicamente en la expansión del poder político al servicio del fervor social y moral, el *ethos* del conservadurismo fue esencialmente la tradición. Pero no cualquier tradición, se refirieron esencialmente a la tradición medieval.¹³ La defensa y apego a la tradición socio-medieval, provino de su insistencia ineludible en la defensa de los valores e instituciones tales como la comunidad, el parentesco, la jerarquía, la autoridad y la religión.¹⁴

En definitiva, el pensamiento conservador encontró los pilares de su arquitectura ideológica en los íconos más importantes de la sociedad estamental medieval. El pensamiento conservador contuvo en su génesis un conjunto de tenebrosas premoniciones.¹⁵ Eran conscientes de que estaban frente a un caos social, de dimensiones francamente apocalípticas. Los individuos, tras el desas-

¹¹ FERNÁNDEZ, Marta E. y BARBOSA, Susana R. (1998) *Tendencias sociales y políticas contemporáneas*. Buenos Aires: Docencia, págs. 178-182.

¹² ROMERO, José Luis (1980) *El ciclo de la revolución contemporánea*. Buenos Aires: Heumul, págs. 23-61. ASHTON, T.S. (1990) *La revolución industrial*. Chile: Fondo de Cultura Económica.

¹³ STRASSER, Carlos (2003) *La vida en la sociedad contemporánea. Una mirada política*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

¹⁴ FICHTER, Joseph H. (1993) *Sociología*. Barcelona: Herder, págs. 295-317.

¹⁵ ROMERO, José Luis (1986) *Pensamiento conservador (1815-1898)*. Caracas: Biblioteca Ayacucho, págs. 9-38. Estas páginas citadas corresponden al estudio preliminar que realiza el autor con respecto al pensamiento conservador en general. SUÁREZ VERDEGUER, Federico (1955) *Conservadores, innovadores y renovadores en las postrimerías del antiguo régimen*. Pamplona: Universidad de Navarra, págs. 19 y 20.

tre que provocó la Revolución Francesa, se encontraban a merced de las otras dos ideologías. Ellas estaban dispuestas a dismantelar todo aquel mundo con el que habían convivido tantos siglos y que era en cierta medida, según los conservadores, sinónimo de equilibrio social y de paz.

A diferencia de los filósofos del iluminismo, caracterizados por una infinita y destructiva crítica al orden medieval en sus aspectos más cardinales; los conservadores comenzaron la ardua tarea relacionada con la reconstrucción de una realidad que parecía caerse a pedazos y estar a merced de revolucionarios militantes, que parecían surgir de todos los rincones de Europa. Eran conscientes que debían sostener de cualquier forma posible aquellas instituciones que fueron fruto de la evolución y del trabajo de sus antepasados. Es decir, existía un legado institucional provisto por la propia historia nacional y construida por aquellas generaciones que le antecieron. Para ellos el orden natural, es decir, aquel orden revelado por la razón pura, y la lógica de los procesos científicos, eran sin dudas los instrumentos de destrucción más dañinos que los filósofos iluministas habían creado y utilizado hasta las últimas consecuencias. Desde allí, montados en el caballo triunfal de la razón dirigieron todo tipo de ataques contra la sociedad tradicional, centrados medularmente en todo lo que esta última representó en sus aspectos más íntimos.

El centro de las críticas radicó en ese conjunto de valores que dieron vida durante más de mil años a un tipo de sociedad, como así también a un estilo de vida que en ese entonces fue puesto en discusión. Convirtiéndose a los ojos de los iluminados en el enemigo a abatir para el necesario advenimiento del progreso y la modernidad. El juicio conservador basó su enérgica embestida contra las percepciones iluministas del derecho natural, la ley natural y la razón, confrontándola animosamente con la verdad revelada que influenció fuertemente en aquella sociedad estamental y en sus instituciones tradicionales con respecto a la apreciación del individuo y la comunidad.¹⁶ A comienzos del siglo XIX los conservadores constituyeron y fundaron una fuerza anti-iluminista con mucho brío y coraje. En ese entonces, existió un autor que fue el centro de todos los ataques y disputas. Nos referimos especialmente a Juan Jacobo Rousseau y a su obra, a quien ubicaban en el centro de la polémica y la discordia con los

¹⁶ STRAUSS, Leo (1976) "Derecho natural". En: SILLS, David L. (1976) *Enciclopedia Internacional de las Ciencias Sociales*. Madrid: Aguilar.

pensadores iluministas.¹⁷ Fue por ello, que constantemente hicieron referencia a sus obras, especialmente el *Contrato Social*. Tanto para un importante sector de pensadores iluministas como para los mismos románticos, Rousseau se constituyó en un autor de veneración y culto. Sin embargo, el ginebrino, en opinión de los conservadores, había colaborado con aquel brutal desmantelamiento del orden medieval que tanto anhelaron y reverenciaron, y que pretendieron reconstruir y restaurar para el bien de la sociedad europea. No caben dudas que, además de los anglosajones, los conservadores franceses ejercieron también una notable influencia sobre el pensamiento social desde el siglo XIX hasta la actualidad. Los conservadores, en general, se levantaron contra los postulados que constituyeron la esencia de la Revolución Francesa, y asimismo contra todos aquellos que la sostuvieron. Tuvieron un especial desprecio con aquellos militantes radicalizados, tal fue el caso de los jacobinos que intentaron imponer las ideas iluministas a través de violencia y el fanatismo. Debemos admitir que el credo conservador ha sido la primera ofensiva ideológica y militante al naciente modernismo y a sus principales elementos o componentes políticos, económicos y culturales.¹⁸

Una de las cuestiones que debemos poner en relevancia está referida al papel de la revolución en la perspectiva conservadora. Fue por ello que, para los conservadores, este último fenómeno político tuvo un carácter profundamente simbólico y representativo.¹⁹ Poseía características esencialmente emblemáticas y que eran, sin lugar a dudas, una alegoría perversa de toda una época que les tocó vivir. Personificaba, ante la perplejidad de la mirada conservadora, la culminación de un complejo proceso que había sacudido las entrañas mismas de la historia europea contemporánea. Coincidían en ver a este fenómeno con características típicamente apocalípticas. Influenciados por un cristianismo puramente medieval, percibieron este caos como el justo castigo que la divinidad infringía a la Europa corrompida como consecuencia de las ingentes herejías y apostasías seculares, de aquellos sujetos que en ese entonces se

¹⁷ ARANGO, Iván Darío (2006) *Críticos y lectores de Rousseau*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquía, págs. 53-70. DE MAISTRE, Joseph (1990) *Consideraciones sobre Francia*. Madrid: Tecnos, pág. 112. DE MAISTRE, Joseph (1992) *De la souveraineté du peuple. Un anti-contrat social*. París: Presses de Universitaires de France, pág. 148.

¹⁸ DAHL, Robert A. (1983) *Análisis político actual*. Buenos Aires: EUDEBA, págs. 11-23.

¹⁹ DAHL, Robert (1972) *Sigue la revolución*. México: Pax, págs. 11-57.

proclamaban con toda impertinencia laicos e individualistas.²⁰ No cabían dudas de que el espíritu profano había invadido los corazones de los franceses y amenazaba, como otrora la terrible peste negra, contaminar con sus postulados sacrílegos al resto del continente europeo. Ellos fueron conscientes de que eran testigos, de la propagación de un proceso caracterizado por una degradación profunda, que tendría su momento de ebullición más rebelde en el propio estallido revolucionario francés. No dudaban que tal degradación provenía del siglo XVI, Lutero y Calvino, con mucha impertinencia, fueron los que se alzaron en aquel siglo contra la autoridad del Papa y provocaron la reforma protestante.²¹ Tamaño descaro, reflexionaban, no hizo más que ofender a Dios que en ese entonces tomaba una cruel revancha en el propio territorio europeo. Allí mismo donde siglos atrás muchos desconocieron el imperio del Papa y crearon con total desfachatez y osadía un universo religioso que enfrentaba a las más sagradas tradiciones religiosas medievales.²²

Estos últimos cuestionamientos centralizaron en gran parte la especial atención de los conservadores. Coincidieron en señalar las consecuencias demoledoras del avance del protestantismo. Estos últimos habían sido los auténticos culpables de haber cuestionado la disciplina que la Iglesia ejercía sobre aquella sociedad estamental. Había perturbado la fe individual, lo que condujo de modo inevitable a la discordia social permanente. De esta trasgresión pagana, a atribuir al hombre finito e individual, las potencias intelectuales y certidumbres propias de Dios y de la sociedad como lo hicieron Bacon y Descartes, solo había un paso y más allá el abismo.²³

En el universo conservador hubo otros elementos perturbadores que procedían, sin lugar a dudas, en forma directa e inmediata de la Revolución Francesa. El igualitarismo y el poder centralizado, fundado en el pueblo fueron quizá los más importantes; pero estuvieron estrechamente vinculados con otros. La sustitución, en religión, política y arte, de las restricciones disciplinarias de la tradición y la

²⁰ FALCONE, Roberto; SABORIDO Jorge y otros autores (2001) *Conservadores, progresistas y revolucionarios en los siglos XIX y XX*. Buenos Aires: Ediciones del Signo, págs. 15-36.

²¹ TROELTSCH, E. (1979) *El protestantismo y el mundo moderno*. México: Fondo de Cultura Económica, págs. 68-76.

²² EGIDO, Teófanos (1991) *Las claves de la Reforma y la Contrarreforma 1517-1648*. Barcelona: Planeta, págs. 5-83.

²³ BROCHARD, Víctor (2009) *Études de Philosophie Ancienne et de Philosophie Moderne*. París: Biblio Bazaar, págs. 327-333.

piedad por el sentimiento y la pasión; el reemplazo de los valores sacros no racionales por normas impersonales y efímeras de contrato y utilidad, la declinación de la autoridad religiosa, social y política. Y finalmente la temible pérdida de la libertad.

Con respecto a este último término, los conservadores prefirieron definirlo en su sentido auténticamente medieval, con connotaciones no tanto de liberación (que significaba en otras palabras licencia y falta de ataduras) como el derecho rector dentro de la ley y la tradición divina. Alertaron sobre la decadencia de la cultura, como consecuencia de su difusión en las masas; y por último, las secuelas de la mentalidad progresista y determinista que presidía todo esto, y que insistía en considerar el pasado como una categoría implacable correspondiente a lo éticamente nocivo.²⁴

Ésta fue la constelación de elementos que surgió de la concepción general conservadora sobre el mundo moderno, caracterizado por la reforma protestante, el capitalismo, el nacionalismo y la razón cartesiana. La revolución en gran medida había consagrado todos estos últimos elementos que conmovían con mucha insistencia el pensamiento conservador.²⁵

El redescubrimiento de lo medieval, sus instituciones, valores, preocupaciones y estructuras fueron algunos de los acontecimientos más significativos de la historia intelectual del siglo XIX. Este redescubrimiento de la Edad Media explicó, tanto

²⁴ HARDOY, Emilio J. *Qué son los conservadores*. Buenos Aires: Sudamericana, págs. 177-181; del mismo autor, *Historia de las fuerzas políticas conservadoras en la Argentina* (1993) Buenos Aires: Fundación Argentina. En este último texto se puede rescatar los siguientes párrafos: "Al día siguiente, 9 de noviembre de 1958, se constituye el primer Comité Nacional de la Federación Nacional de Partidos de Centro y elige la siguiente Mesa Directiva: Presidente, Julio C. Cueto Rúa; vice 1º, Emilio Olmos; vice 2º, Emilio J. Hardoy; secretarios, Felipe Ponferrada, Gastón J. Lacaze, Carlos A. Romero y Samuel Allperin; tesorero, Orlando Williams Alzaga; protesorero, Francisco J. Gabrielli. Los partidos Demócrata de Buenos Aires y Conservador de Buenos Aires, que se habían adherido separadamente a la Federación, se fusionan con el nombre de Unión Conservadora, bajo la presidencia de Pablo González Bergez. Con posterioridad, se incorpora a la Federación el Partido Liberal de Corrientes, que por primera vez desde principios del siglo se integra en una fuerza política nacional. En cambio, no lo hace el Partido Autonomista de Corrientes a pesar de su tradición conservadora, pues se mantiene apartado, sujeto a la influencia del Partido Conservador Popular. DAHL, Robert A. (1990) *Prefacio a la democracia económica*. Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano, pág. 15-54.

²⁵ SÉE, Henri (1994) *Orígenes del capitalismo moderno*. México: Fondo de Cultura Económica, págs. 85-97. DIGGINS, John P. (1983) *El bardo del salvajismo. Thorstein Veblen y la teoría social moderna*. México: Fondo de Cultura Económica, págs. 130-208.

como otro cualquier acontecimiento singular, las notables diferencias entre la reconstrucción típica de la historia europea por parte de los iluministas, y la corriente conservadora que se manifestó en muchos escritos históricos del siglo XIX.

Los filósofos franceses, y también ciertos racionalistas ingleses como Gibbon, Adam Smith y Bentham, manifestaron su categórico desamor por aquella edad oscura. Es decir aquel período, de más de un milenio, que se extendió entre la caída de Roma y el comienzo de la edad de la razón, según la opinión generalizada.

De pronto, la Edad Media volvía a ser objeto de la atención por parte de los humanistas. Primero, en los escritos de hombres como Haller, Savigny, Bonald y Chateaubriand, para quienes ese período de la historia europea era, innegablemente, un motivo de inspiración.²⁶ La Edad Media, suministró al siglo XIX casi tanta inspiración y vocación, como el pensamiento clásico lo había hecho en el Renacimiento.

La aparición de lo que se dio en llamar la Escuela Histórica de las ciencias sociales, se fundó sobre el empleo de materiales históricos e institucionales, en su mayoría medievales. Así como en el siglo XVIII se había popularizado el empleo de materiales primitivos (toda la moda del exotismo) con el fin de establecer su contraste con aquel presente, el siglo XIX recurrió a materiales medievales. El interés por la Edad Media fue acompañado por una búsqueda erudita dirigida hacia los orígenes institucionales de la economía, la política y la cultura europea.

Edmund Burke

Edmund Burke dejó una construcción monumental de sociología política que durante largos años tuvo una señalada influencia tanto en Inglaterra como en el resto de Europa.²⁷ La propuesta esencial de la obra de Burke estuvo dirigida a criticar al racionalismo como guía suprema del quehacer humano. Burke sostuvo que un racionalismo sin restricciones solo podía llevar a la destrucción. Junto a David Hume afirmó la utilidad del hábito, de la costumbre y del perjuicio, término que utiliza Burke refiriéndose a la tradición, para encon-

²⁶ REALE, Giovanni y ANTISERI, Darío (2010) *Historia del pensamiento filosófico y científico*. Tomo III. Barcelona: Herder, págs. 239-245.

²⁷ TRIVELYAN, George Macaulay (1984) *Historia social de Inglaterra*. México: Fondo de Cultura Económica, págs. 482-527.

trar una norma viable de conocimiento práctico, de comportamiento personal y de convivencia política.

Burke había nacido en la ciudad de Dublín en enero de 1729, curiosamente, hijo de padre protestante y madre católica. Su carrera política comenzó en Londres en la década de 1760 como asesor de un parlamentario llamado William Gerard Hamilton. Cuando este último fue designado primer secretario de Irlanda, Burke lo acompañó en aquella función. Se recuerda que Burke participó activamente en medidas de tono político que tendieron a mejorar la vida de la población católica irlandesa. En el año 1765, Burke fue elegido parlamentario habiéndose destacado por mantener una posición condescendiente con las colonias americanas, así lo destacó el redactor de una de las biografías más citadas sobre Burke, Russell Kirk.²⁸

Durante su vida Burke defendió muchas causas reformistas de carácter liberal. Su creencia constante fue que todas las instituciones políticas, sociales y religiosas, eran un resultado de la sabiduría y experiencia acumuladas a lo largo de los siglos. Sostuvo firmemente el presupuesto de que los seres humanos, en su comportamiento político, jamás podrían liberarse de cargas históricas determinantes. Por consiguiente, estaban moralmente obligados a limitarse a sí mismos y a no prescindir de manera absoluta del pasado que los condicionaba. Los hom-

²⁸ RUSSELL, Kirk y BURKE, Edmund (2007) *Redescubriendo a un genio*. Madrid: Ciudadela Libros, págs. 81-109. También pueden consultarse los siguientes textos que hacen referencia a la biografía de Burke: Ayling Stanley, Edmund Burke (1988) *Hislife and opinions*, St. Martin's, Nueva York. Blakemore Stephen (ed.), *Burke and the Fall of Language: The French Revolutions as a Linguistic Event*, University of New England Press, Hanover; del mismo autor, *Burke and the French Revolution: Bicentennial Essays* (1992) University of Georgia Press, Georgia. CANAVAN, Francis (1987) *Edmund Burke. Providence and Prescription*. Carolina University Press, N.C.; del mismo autor, *The Political Economy of Edmund Burke: The Role of property in His Thought* (1995) Fordham University Press, Nueva York. CHAPMAN, Gerald W. (1967) *Edmund Burke. The Practical Imagination*. Mass., Cambridge. FREEMAN, Michael (1980) *Edmund Burke and the Critique of Political Radicalism*. University of Chicago Press, Chicago. FROHNEN, Bruce (1993) *Virtudad the Promise of Conservatism: The Legaxy of Burke and Tocqueville*. University Press of Kansas, Kansas. HAMPSHER-MONK, Iain (1987) *The Political Philosophy of Edmund Burke*. Logman, Nueva York. O'GORMAN, Frank (1973) *Edmund Burke. His Political Philosophy*. Indiana University Press, Indiana. Pappin III Joseph, *The Metaphysics of Edmund Burke*, Fordham University Press, 1992, Nueva York. RITCHIE, Daniel (ed.) (1992) *Further Reflections on the Revolution in France*. Liberty Press, Indianapolis; del mismo autor, BURKE, Edmund (1990) *Appraisal and Applications*. Transaction Publishers, Rutgers.

bres no eran libres de reconstruir la organización gubernamental y social partiendo de la nada, como si la carga de la experiencia y la tradición histórica no tuvieran peso alguno en ello.²⁹ En las primeras páginas de su gran obra, *Reflexiones sobre la Revolución Francesa*, declaró abiertamente que sus palabras tenían una finalidad precisa, y dicha finalidad se centraba en proteger un estilo de gobierno tan eminentemente aristocrático y tradicional como el inglés, de aquellas contaminaciones democráticas, hijas de la ilustración francesa y sintomática de un estilo de pensar y vivir ajeno a lo más genuinamente británico. Temía por el creciente proceso de afrancesamiento de sus pares británicos. Fue por ello que gran parte del texto se convirtió en una advertencia al príncipe de Gales sobre los peligros que encerraba el contagio de la política francesa.

Otros británicos, anteriores a Burke, habían defendido el derecho a la rebelión, es decir, el derecho a instaurar un nuevo gobierno si los depositarios del poder hubieran abusado del mismo. Tal fue el caso de John Locke en su *Segundo tratado sobre el gobierno civil*.³⁰ Burke estaba convencido de que la cultura inglesa había tratado normalmente de compatibilizar sus cambios sociales con las más estrictas tradiciones de la monarquía hereditaria y la aristocracia hacendada.³¹

En cuanto a la Revolución Francesa, Burke creyó que el principio de autoridad, fundamento esencial del Antiguo Régimen, se veía seriamente amenazado. Sospechaba que la Asamblea francesa se mostraba incapaz de controlar los excesos de las masas. Cada vez estaba más cercana la idea de que la nueva democracia sería una fuente de inestabilidad política y social. La Revolución Francesa debía ser aborrecida por sus consecuencias destructivas y desestabilizantes.³² Estas últimas estuvieron caracterizadas básicamente por los escandalosos desórdenes sociales.

Burke creía que se había destruido la libertad y no se había mantenido las condiciones mínimas en las que un hombre libre podía existir, con garantía de

²⁹ GALLO, Ezequiel (2010) *El pensamiento de los conservadores*. Buenos Aires: El Ateneo, págs. 11-16.

³⁰ GONZÁLEZ AZCOAGA, Miguel Humberto (2002) *La representatividad en John Locke*. Corrientes: Moglia, págs. 27-86. LOCKE, John (2004) *Segundo ensayo sobre el gobierno civil*. Buenos Aires: Libertador, págs. 63-81.

³¹ ROMERO, José Luis (1970) *El pensamiento político de la derecha latinoamericana*. Buenos Aires: Paidós, págs. 35-47.

³² HOBSBAWM, Eric (1998) *La era de la revolución, 1789-1848*. Buenos Aires: Crítica, págs. 61-83.

seguridad para su vida y sus propiedades. Todo era objeto de cuestionamientos y discusiones. Entre los objetivos más claros se encontraba el de reafirmar al pueblo británico en la creencia aristocrática, en la naturaleza monárquica-hereditaria de la constitución y en la incompatibilidad de mantener las más hondas tradiciones británicas dialogando al mismo tiempo con los principios revolucionarios.³³ Ambas posiciones políticas eran irreconciliables. Las tradiciones británicas y la Revolución Francesa no tenían punto de conexión alguno.

Podemos considerar, desde el ámbito de la sociología política, a las *Reflexiones*, como el gran manifiesto anti-revolucionario. La fuerza que presidió todo pensamiento conservador fue la resistencia al extremismo y a la utopía revolucionaria.³⁴ Es verdad que hubo en el conservador una aversión al desorden, aunque su contrario implicara desigualdades e injusticia. De allí se desprendió un principio fundamental y excluyente. El conservador prefirió lo ordenado a lo justo. Dicha elección estuvo marcada en la propia esencia axiológica del pensamiento conservador. El compromiso, más riesgoso, que estaba dispuesto a tolerar era la reforma.

David Hume complementó esta visión conservadora con la fórmula de la filosofía del sentido común. Sostuvo este último que no se podían llevar a la práctica las conclusiones obtenidas mediante el uso puro de la razón. Tal propósito sería imposible. Las conclusiones obtenidas por la razón eran susceptibles de ser minadas por una tendencia natural de signo contrario que las contradijera y anulase. La naturaleza humana, diría Hume, era demasiado fuerte y ella ofrecía soluciones allí donde la razón no podía procurarlas. Ante las leyes impuestas por la naturaleza humana había que rendirse sin condicionamientos y reconocer que cualquier sistema, ya sea dogmático y escéptico era arrastrado por ella al abismo. La recomendación de Hume fue la renuncia al furor jacobino y el mantenimiento de la prudente calidez de las tradiciones.

Los conservadores defendieron un conjunto de recomendaciones centradas en la repetición de aquellas conductas que a través de la tradición, los antepasados habían puesto en nuestras manos. Es decir, que se pensara como

³³ FOUCAULT, Michel (1997) *Defender la sociedad*. Curso en el Collège de France (1975-1976). Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, pág. 95.

³⁴ DAVIS, J.C. (1981) *Utopia and the Ideal Society*. Cambridge University Press. Cambridge. FRANK, Manuel y FRITZIE, Manuel (1982) *Utopian Thought in the Western World*. Oxford University Press, Oxford. SMITH, Neil L. (1980) *The Probability Broach*. Ace Books, Nueva York.

comúnmente se pensaba; que se actuara en conformidad con el modo de actuar comúnmente aceptado, aún a sabiendas de que estas opciones no eran las más consecuentes con los dictados del proceder racional. Tanto Burke como Hume coincidían en que el reconocimiento de que la pura reflexión filosófica solía dar como resultado conclusiones demasiado alejadas de lo que era el sentido natural de los seres humanos. En este último punto coincidieron todos los conservadores. Siempre se daba en la naturaleza humana una supremacía del instinto natural, de la costumbre, del hábito y de las creencias sobre los productos de la razón pura.³⁵

Asimismo, reprocharon vigorosamente a los revolucionarios franceses que no se habían percatado que la naturaleza humana era esencialmente dogmática, y que aunque podía ser momentáneamente deslumbrada por el razonamiento, su desconcierto sería prontamente olvidado y reposaría de nuevo en convicciones y tradiciones adquiridas. Existían principios que provenían de la propia historia de los pueblos, de las comunidades y de los individuos que hacían que estas verdades fueran irrefutables, e inaplicable e insoportable todo intento por desmantelarlas.

Burke rechazó los esquemas de pensamiento expresados por los hombres ilustrados, con el objeto de planificar sociedades teóricamente perfectas. Nuevamente las concepciones utópicas, de las cuales se nutrieron gran parte de los iluministas, eran objeto de fuertes críticas y polémicas. Irónicamente, Burke se refirió a ellos sosteniendo que nunca llegarían a nada porque descansaban en la suposición, de que la vida de las sociedades podía ser ordenada, prevista y arreglada con anterioridad al advenimiento de los hechos. Fue por ello que los continuadores de Burke mantuvieron con férrea voluntad una resistencia contra aquellos proyectos que significaron el sostenimiento de arquitecturas ahistóricas, sostenidas puramente por las fútiles columnas de la razón. Así construido y con bases tan endebles era imposible proyectar una sociedad que se mantuviera en el tiempo y pudiera satisfacer las necesidades de los distintos grupos sociales que la conformaban. Las costumbres, las instituciones y el espíritu de un pueblo eran ciertamente producto de siglos de aprendizaje y empirismo. Esta fue una premisa que los conservadores defendieron a ultranza, casi con el status de lo sagrado y venerable.

³⁵HONDERICH, Ted (1993) *El conservadurismo. Un análisis de la tradición anglosajona*. Barcelona: Península, págs. 63-109.

De esta manera se estimó absolutamente irresponsable cualquier intención de romper el lazo de unión con el pasado. Burke insistió en que el error más notable y dañino de los sectores jacobinos franceses fue el de ignorar la historia y aplicar los principios de la ciencia a la materia, nunca cuantificable, de la vida social. En este aspecto los ilustrados se habían equivocado fatalmente y las consecuencias la sufriría la sociedad, a la cual, con mucha perversidad, se la desviaba del destino diseñado por sus antepasados que la fundaron. No podía pensarse en la concreción de un pacto social que se basara puramente en construcciones estrictamente lógicas. Todo esto era un absurdo que no podía ser aceptado bajo ningún aspecto. Burke fue muy claro cuando se dispuso a afirmar que el Estado tenía su único fundamento en la herencia, la propiedad y la aplicación inalterable de la ley.³⁶

Esta fue la visión que compartieron desde un principio los conservadores con respecto a la percepción que tuvieron de los antecedentes que sostenían y legitimaban al Estado. No compartió en absoluto la idea de que la sociedad habría de regirse ni conducirse por los deseos de la mayoría. Tal elucubración socio-política representaba una monstruosidad en la administración del poder para el célebre irlandés. Burke no ocultó sus defensas al denominado elitismo, es decir, de la existencia de una aristocracia natural llamada a gobernar.³⁷ Allí

³⁶HELLER, Herman (1947) *Teoría del Estado*. México: Fondo de Cultura Económica, pág. 130.

³⁷WRIGHT MILLS, Charles (1957) *La élite del poder*. México: Fondo de Cultura Económica, págs. 302-317. PUGA ESPINOSA, María Cristina; PESCHARD MARISCAL, Jacqueline y CASTRO ESCUDERO, Teresa (2007) *Hacia la Sociología*. México, Pearson Educación, págs. 60-130. ALBERTONI ETTORE, A. (1987) "De la doctrina de la clase política de Gaetano Mosca (1858-1914) a la teoría de la competencia entre las élites políticas en el moderno sistema de pluralismo partidista". En: PÉREZ, Miranda Rafael y ALBERTONI, Ettore A. (1987) *Clase política y élites políticas*. México: Plaza y Janés, págs. 17-53. PIÑÓN GAYTÁN, Francisco, "El 'Moderno Príncipe', élites y democracia. Una reflexión gramsciana sobre el fenómeno del poder". En: PÉREZ MIRANDA, Rafael y ALBERTONI ETTORE, A. *Clase política y élites políticas...*, págs. 221-237. TRIADÓ, Juan Ramón (2000) *Carlos V y su época: arte y cultura*. Carroggio, págs. 38-84. IDÍGORAS, J. L. (1991) *La religión fenómeno popular*. Buenos Aires: Paulinas, págs. 14-19. OVEJERO, Lucas Félix (2005) "Democracia liberal y democracias republicanas. Para una crítica del elitismo democrático". En: CARBONELL, Miguel (comp.) (2005) *Democracia y representación: un debate contemporáneo*. México: Tribunal Electoral del Poder Judicial de la Federación, págs. 115-150.

encontraron otro de los principios que se mantuvieron a lo largo de la historia como base fundante del pensamiento conservador: el elitismo.³⁸

Como Francia había trasgredido dichos principios e inclusive había dirigido sus más profundos rencores hacia dicha aristocracia, Burke se empeñó en alertar a los ingleses y a defender por todos los medios sus históricas instituciones políticas.³⁹ Se empeñó en describir la esencia que caracterizaba a la nación inglesa y de qué manera aquellas instituciones que tanto defendió junto al estamento aristocrático predestinado a gobernar, formaban parte de una realidad que habían diseñado los fundadores de la misma sociedad británica y del cual no podían apartarse, sino a riesgo de desvirtuarlos. Estos últimos habían sido instituidos para brindar una sabia guía que permitiera avanzar a través de los tiempos, en una senda de triunfos y de victorias, pero al mismo tiempo, de paz y equilibrio social.

No existió otro espectáculo que más haya conmovido a Burke y a sus contemporáneos que el ateísmo de la Revolución Francesa. La anti-revolución transcurrió esencialmente por la implementación de una férrea custodia, que tuvo como objetivo el sostenimiento de dos pilares fundamentales de la sociedad y la cultura británica y europea. Se referían sin lugar a dudas al cristianismo y a la iglesia que la sostenía.⁴⁰ La pretensión de los ilustrados de reemplazar la religión por la ciencia constituyó en el pensamiento de Burke uno de los absurdos más indefendibles, como así también intensamente peligrosos para la base misma de la vida social.

Podemos afirmar, por último, un punto muy importante dentro del pensamiento conservador de Burke. Su enérgica oposición al pensamiento rousseauiano. En esta línea encontramos, sin temor a equivocarnos, a la mayor parte de los conservadores del siglo XIX. Constantemente se refirieron a Rousseau como el gran responsable ideológico del caos que generó la Revolución Francesa. Las

³⁸ ALBERTONI ETTORE, A. (1993) "Élite". En: *Dizionario delle idee politiche* (1993) Roma: Ave, págs. 270-279. CASTILLA URBANO, Francisco (2004) "Moral y elitismo: la concepción de la cultura de Walter Benjamín". En: ORTÍZ GARCÍA, Carmen (coord.) (2004) *La ciudad es para ti: nuevas y viejas tradiciones en ámbitos urbanos*. Anthropos, págs. 325-347. ELSTOB, Eric (1994) "Los males del elitismo británico". En: GORTÁZAR, Guillermo (coord.) (1994) *Visiones de Europa: análisis de una controversia política*. Sevilla: Noesis, págs. 221-228.

³⁹ DALURZO, J. Oscar (1943) *Nace el patriciado*. Buenos Aires: Lautaro, págs. 237-246.

⁴⁰ PUENTE OJEA, Gonzalo (1974) *Ideología e historia la formación del cristianismo como fenómeno ideológico*. Madrid: Siglo XXI, págs. 294-306.

instituciones medievales, que ellos tanto defendieron, tuvieron a Rousseau como la gran herramienta que puso en peligro su misma existencia, con un conjunto de postulados que no hacían más que socavar las raíces de esos valores tan reverenciados por los conservadores, por Burke y sus continuadores.

Fue por ello que Burke, en su *Reflexiones sobre la Revolución Francesa*, alertó sobre los peligros que podían cernirse sobre Inglaterra, en el hipotético caso que de alguien osara poner en práctica el pensamiento de Rousseau, que tanto mal había hecho a Francia y a la Europa continental.⁴¹ El pensador ginebrino despertó todo tipo de críticas, y a él, fundamentalmente, destinaron gran parte de la artillería ideológica que dio vida al pensamiento conservador.⁴²

Conclusiones

A la vista de todo lo expuesto, queda en evidencia que el conservadurismo representó un fenómeno significativo en Occidente tras el advenimiento de la Revolución Francesa. Pero, para su comprensión, se debe partir del conocimiento de la obra de aquellos autores que iniciaron y desarrollaron este tipo de pensamiento o, al menos, de los que más han influido en sus planteamientos posteriores.

Así, para comenzar, se puede individualizar la obra del irlandés Edmund Burke, aunque ésta cuente con muchos antecedentes que la condicionan y enriquecen. Para nosotros es, sin duda, el gran iniciador de corriente política que ha dado en llamarse conservadurismo. Tal inicio puede situarse en el momento en el que los liberales extremistas se movilizaron por primera vez para constituir filiales de las sociedades populares francesas. Fue entonces cuando un joven caballero francés le pidió por carta a Burke su opinión acerca del magno acontecimiento, y cuando el gran orador escribió sus *Reflexiones sobre la*

⁴¹ STRAUSS, Leo (1970) *¿Qué es la filosofía política?* Madrid: Guadarrama, págs. 17-53. DERATHE, Robert (1995) *Jean-Jacques Rousseau et la science politique de son temps*. París: Vrin, pág. 151. RILEY, Patrick (1982) *Will and Political Legitimacy. A Critical Exposition of Social Contract Theory in Hobbes, Rousseau, Kant and Hegel*. Harvard University Press, pág. 99.

⁴² CASSIRER, Ernst (1987) *Le problème Jean-Jacques Rousseau*. París: Hachette, págs. 10-12. De Jouvenel Bertrand, *Du Pouvoir* (1972) París: Hachette, págs. 50 y 51. WELZEL, Hans (1957) *Derecho natural y justicia material*. Madrid: Aguilar, pág. 133. DEMPFF, Alois (1933) *Filosofía de la Cultura*. Madrid: Revista de Occidente, pág. 31.

Revolución en Francia y sobre las actividades de ciertas sociedades en Londres relativas a dicho suceso, contenidas en una Carta que se había proyectado enviar a un caballero parisiense.

Es éste un extenso libro que, en su fecha, se constituyó como uno de los más importantes publicados sobre el tema. Al igual que otras muchas obras maestras, y sobre todo entre las de la época, ésta surgió de un escrito de circunstancias. En su trabajo, Burke se interesó menos por lo anecdótico, para centrarse en las ideas generales que debían hacer comprender y explicar ese proceso. Desde entonces, el conservadurismo se convirtió, en sí mismo, en una ideología definida, al mismo tiempo que englobaba a un conjunto de conductas que caracterizaban a aquellos conservadores. Éstos representaban aquellas ideas que, en su totalidad, significaban una crítica exhaustiva a aquellos valores que dieron vida a la sociedad moderna.

De esta forma, otros pensadores, como Michael Oakeshott, recordaron que el conservador tenía una especial disposición ante la vida y sus circunstancias, pero siempre relacionada con toda pauta de conducta hostil al cambio. La aversión al cambio se fundaba en considerarlo como una amenaza vital. Y es que dicha amenaza representaba la indefectiblemente desestructuración de la identidad, entendida ésta en términos de terrorífica extinción. Sin duda, todos los cambios que se habían ido produciendo significaban para estos pensadores un profundo sufrimiento, al provocar una gran incertidumbre que no había necesidad de soportar. En este sentido, las alteraciones sociales para ellos no eran más que las causantes de peligrosas perturbaciones de desconocidas consecuencias. Por tanto, para Oakeshott, el conservador mantiene un apego irremediable por la continuidad, ámbito donde encuentra el bálsamo vital para su flemática subsistencia.

Pero, más allá de lo anterior, puede afirmarse que el conservadurismo tuvo su origen en Inglaterra y que luego se expandió al resto de Occidente. Dicha expansión geográfica llegó, inclusive, a las trece jóvenes colonias que Gran Bretaña poseía en Norteamérica, y que más tarde se convertirían en los Estados Unidos. Tanto *El Federalista* como la Constitución de los Estados Unidos, fueron claros ejemplos de la influencia de los conservadores en el mundo sociopolítico y jurídico, en su intento de reconstruir aquellas sociedades resquebrajadas por los acontecimientos de la Revolución Francesa. Fue tal el genio de los constituyentes norteamericanos que éstos lograron diseñar y prescribir un conjunto de normas que han sobrevivido eficazmente hasta nuestros días. De he-

cho, solo con algunos cambios o enmiendas llevados cabo, lograron edificar una sólida estructura que se ha mantenido a pesar de todas las transformaciones y mutaciones sociales producidas en los dos últimos siglos.

Es por ello que el conservadurismo se enfrentó desde un primer momento a ese período de la historia, caracterizado por el cambio. Una época en la que confluyeron, no casualmente, la Revolución Francesa, la Revolución Industrial y la Revolución Científica. De esta forma, como primera y firme postura, rechazaron la idea de revolución, temiendo sus efectos y consecuencias. Conscientes del dinamismo de las sociedades, creyeron en las bondades de los cambios paulatinos, a fin de que no se destruyera el ligamen que los unía a sus antepasados. Y es que éstos eran venerados con pasión, ya que fueron ellos los que habían marcado las bases de estas sociedades, en función a un conjunto de valores que constituyeron su esencia misma. Al mismo tiempo establecieron el camino que debía seguirse hacia un futuro que debía venir marcado por el sostenimiento indiscutible de esos valores legados.

Por tanto, la tradición, o como el mismo Edmund Burke denominó “*el precedente*”, fue el elemento medular de toda una línea de pensamiento que duró más de dos siglos. Frente al contrato rousseauiano, los conservadores proponían el fortalecimiento de un pacto que en su conjunto representara la continuación del conjunto de valores establecidos por los ancestros. No en vano, para ellos, tales valores eran los que unían íntimamente a las distintas generaciones, incluyendo aquellas que estaban por venir. Se construía así un modelo de sociedad que debía revisar, recurrente y melancólicamente, sus textos pasados, intentando rescatar esos valores que ellos tanto apreciaban.

Así, no extraña que muchos de estos conservadores se refugiaran en el estudio y ensalzamiento de la Edad Media. Aquella sociedad estamental y servil representaba para todos ellos un símbolo al que continuamente acudieron. Para las corrientes conservadoras, en la sociedad del Medievo estaba perfectamente esclarecido quiénes eran los detentadores del poder y los propietarios de la tierra, un estamento específico: la aristocracia. En este sentido, el grupo de personas ubicado en tal estamento era aquel que, naturalmente, estaba predestinado para gobernar. Ellos, en opinión de los conservadores, poseían características especiales, que los diferenciaban del resto y que los convertían en los más aptos para guiar los destinos de la sociedad. De tal manera, aceptaron pacíficamente las distancias sociales entre los distintos sectores como parte de la estratificación social. Y, de igual forma, no les quedaba más opción que la-

mentar los procesos revolucionarios de fines del siglo XVIII, ya que en gran medida significaron el dismantelamiento del Antiguo Régimen y, en consecuencia, de su modelo de sociedad estamental. En definitiva, un período que se ajustaba a todos sus patrones axiológicos.

Con respecto a la naturaleza del hombre, el conservadurismo se inclinó por una postura crítica y pesimista. Una posición que les llevó al enfrentamiento duro y directo contra los preceptos de los iluministas. Creyeron en la imperfección natural del hombre. No obstante, por otro lado, aseguraron la necesidad del sostenimiento de la religión como base de la sociedad civil, razón por la que advirtieron de los peligros de la secularización y el laicismo, hijos ambos de la Revolución Francesa. En este sentido, también cultivaron una visión sombría sobre los regímenes políticos surgidos como consecuencia de todas estas transformaciones revolucionarias. La democracia se convirtió así en objeto de las sospechas de los conservadores.

Primeramente, el igualitarismo que constituía la esencia misma de aquel régimen inquietaba profundamente a los conservadores. Es así que uno de los mayores miedos que manifestaron constantemente en sus escritos fue a las consecuencias que pudiera traer la democracia. Temían la tiranía de la mayoría. Es por ello que a través de todos los medios posibles intentaron levantar murallas que impidieran que las masas pudieran tomar e influenciar el poder. De ahí las constantes y específicas restricciones que introdujeron en las distintas constituciones, de las que existen numerosos ejemplos y del que solo haremos mención, por citar uno paradigmático, del registrado en el *Federalist Paper*, escrito por el célebre James Madison.

También debe destacarse que, si bien el conservadurismo es contemporáneo al nacimiento del romanticismo, no por ello debe confundirse con él. Ello es importante significarlo, toda vez que puede inducir a error el hecho de que este último también fijara su mirada en la Edad Media, rechazara el clasicismo propio del siglo XVIII, reivindicara gran parte de los postulados de la Revolución Francesa y citara a Rousseau como uno de sus autores predilectos. Muy al contrario, los conservadores vieron en las obras de Rousseau el más claro ejemplo de todos cuantos intentaban destruir la sociedad que ellos reverenciaban y añoraban.

Para ir finalizando, debe ponerse de relieve que el conservadurismo mantiene una vigencia importante en la sociedad moderna y que sus manifestaciones más o menos evidentes dependen del ámbito geográfico en el que uno deposite su mirada. En este sentido, Hispanoamérica no ha escapado a la in-

fluencia de dicha ideología, y más aún en la Argentina, donde siempre ha habido notables pensadores conservadores. Es por ello que se hace necesario un estudio profundo del impacto que ha tenido esta corriente ideológica en las distintas sociedades hispanoamericanas, en general, y de Argentina en particular. Más concretamente, refiriéndonos a la sociedad correntina, podemos afirmar que tanto sus estructuras políticas como sociales han mantenido, esencialmente patrones conservadores a lo largo del siglo XX.

Fue así que Corrientes no escapó a esas líneas generales, ya que, en forma repetida y reiterada se observa la existencia de un conjunto de familias patricias que, en sus luchas por el poder, se convirtieron en protagonistas o actores indiscutibles del escenario político local. De esta manera, y como consecuencia directa de este fenómeno, la propia sociedad civil se constituyó de manera particular. Tanto fue así que este estamento político defendió con mucha insistencia el discurso federalista, acentuando las características locales y regionales, es decir, aquellas cuestiones socio-culturales o políticas que diferenciaban a la sociedad correntina del resto del país y, particularmente, de Buenos Aires. Todo esto contribuyó fuertemente a mantener a la sociedad política correntina ausente de los grandes cambios políticos y sociales que vivió el país durante el siglo XX.

Por lo tanto, esa ardiente defensa del federalismo terminó siendo una gran burbuja protectora para aquellas familias tradicionales frente al avance de los partidos nacionales. Persistió, a través de intrincados mecanismos electorales y artilugios institucionales, la fiel constancia por mantener un *status quo* que no conmoviera de ninguna manera las apetencias de aquellas familias oligárquicas, ya acostumbradas al manejo del Estado y de la hacienda pública. De tal manera, aquel discurso “ennoblecido” por tan ilustres figuras y contenedor de verdaderos intereses locales sufrió, al parecer, una mutación, siendo utilizado durante el siglo XX como fuente de la que los conservadores locales justificaron la legitimidad del poder de las familias tradicionales en Corrientes.